

Sesenta años a los pies de un árbol



*Olga Marcela Cruz Montalvo**

omcruz@gmail.com

A las 5:00 a.m. de un día cualquiera como son todos los días, comienzan a ladrar los perros fantasmales que habitan el garaje de esa casa esquinera. A los perros nadie los conoce, pero todos saben que habitan allí porque sus ladridos parecen competir con el canto de los pájaros alojados en los urapanes, que a esa hora comienzan a darle permiso a los primeros rayos de sol para posarse sobre los tejados de las casas. Afortunadamente, las palomas no cantan, porque allí posadas en el cable de la luz, frente al garaje de los perros enigmáticos, serían capaces de hacerles compañía en su alborada, mientras los vecinos (estoy segura) nos esforzamos en escuchar más bien el trinar de los pájaros.

Antes de 6:30 a.m. comienzan a escucharse también las bocinas, los aceleradores, las alarmas antirrobo y las frenadas de los carros que salen de las casas y de los parqueaderos en los edificios, los buses de la calle 68 y a lo lejos los de Transmilenio de la Avenida Quito. A las seis, más o menos, buses, busetas y camionetas pitan frente a las casas y en las esquinas para afanar a los estudiantes que se dirigen a todos los rincones de la ciudad, pasan buses contratados por la Alcaldía para transportar a los estudiantes de los colegios distritales y pasa a su lado también el bus amarillo del Gimnasio del Norte. En ese punto uno ya sabe que en cualquier momento comenzará el desfile aéreo de los aviones que van y vienen desde o hacia El Dorado, porque aunque el barrio está alejado de él, parece ser que sobrevolar estos techos de barro colorado es un paso obligado para muchas de las aeronaves que cruzan el espacio aéreo de Bogotá. Y pronto pasará también el primer recorrido del Tren de la Sabana que partió de la calle 13 y se dirige hacia Nemocón por el norte de la ciudad. Así que apenas se conjugan los sonidos de los vehículos, los aviones y el tren, y luego de que han pasado la muy tradicional zorra, variadas bicicletas y suficientes motos,

▶▶ * Historiadora de la Universidad Nacional, cursa una especialización en Antropología en la Universidad de los Andes. 22 años. Taller Biblioteca Virgilio Barco.

uno sólo añora que no haya un puerto más cerca, para escuchar algún buque y completar así la lección mañanera sobre los medios de transporte. El resultado de esa lección solo puede ser sentido por los urapanes, al fin y al cabo, son ellos los que cual pulmones aspiran el dióxido de carbono que resulta de tan particular desfile de motores y exhostos.

♦ Rutina matutina

Desde las 5:00 y hasta las 8:00 a.m., los deportistas salen a caminar, a trotar o a montar en bicicleta, algunos lo hacen en el parque del Foro Comunal, pero la mayoría aprovecha el privilegio de estar viviendo a pocas cuadras del Parque Simón Bolívar, del Parque el Lago y del Salitre. La ropa, los estilos y las motivaciones de estos madrugadores son tan diversos como las rutas que eligen para salir a la Avenida 48. Algunos son consumados deportistas, otros son competidores retirados; muchas señoras de edad hacen parte de un grupo que se reúne para hacer gimnasia especial, mientras que otros y otras simplemente salen a exhibir sus piernas o sus perros. En ambos casos son un patético ejemplo de narcisismo.

Rápidamente las calles se inundan de estudiantes, el desfile de las faldas azules a cuadros distrae a los madrugadores, mientras que los balones de fútbol comienzan a zigzaguear por entre las piernas de los “pelados”. Los muchachos generalmente no caben en los andenes, quizá por eso ellos se inventaron esa costumbre que tienen los habitantes del Modelo de andar por la mitad de las calles, como si fuese un pueblito, los conductores pitan e insultan, pero a nadie le importa, porque aquí las calles son del que las usa, no del que las necesita. Eso lo saben los urapanes y por eso han extendido sus ramas para darle sombra a las calles, para que los caminantes del barrio no se asoleen demasiado y las señoras que barren todos los días, se mantengan ocupadas.

A las 7:00 a.m., la esquina de la Clínica Misael Pastrana ya está totalmente impregnada de olor a agua aromática y a arepa con queso, porque los pacientes, las familias y los empleados del hospital llegan a tomarse algo a las 5:00 o 6:00 a.m., antes de que comience al agite propio de una clínica del Seguro Social —los pensionados, las familias, el que pide para la droga, el enfermo que llega solo a la puerta del hospital, las ambulancias, el drama, los bebés, los niños, las visitas, los que esperan turno para ver si ese día sí los operan, los estudiantes universitarios que aprenden haciendo, las enfermeras impecables y los celadores que gobiernan en todo el edificio—. A unos pocos pasos, en donde funcionaba hasta hace unos años el Hospital Infantil Lorencita Villegas de Santos, se ha instalado ahora un Hospital Universitario que nada tiene que ver con lo que significaba para la ciudad el Lorencita Villegas, como se le conocía popularmente a este epicentro de la pediatría colombiana durante la segunda mitad del siglo pasado. Sin embargo, al hospital no lo mataron del todo, la liquidación acabó con él y con sus empleados, pero no pudo terminar con su fama. Por eso si usted necesita saber si la buseta le sirve o quiere darle las señas a un taxista para ir al Modelo, sólo diga que va al lado del Lorencita Villegas, con toda seguridad no se va a perder; pero aún así, Lorencita y los niños bogotanos ya no tienen su hospital.

♦ **La defensa de los urapanes**

Luego de que pasa todo el ajetreo del amanecer, a eso de las 9:00 a.m., el barrio se detiene por completo. La gente que se queda en sus casas durante el día solamente se agita un poco cuando algo extraordinario ocurre, por ejemplo, cuando llega una brigada del DAMA o de Codensa a podar o a talar por completo los urapanes. Entonces la gente se alborota y la polémica comienza, las señoras se niegan a continuar barriendo las hojas que se caen de los árboles, mientras otros argumentan que las raíces —que en algunos lugares superan los 30 metros— están hundiendo sus viviendas y que las ramas constituyen una amenaza para los cables de la luz, que parecen ser más valiosos que los árboles. Entre tanto, algunos vecinos defienden a los queridos abuelos de hojas verdes y troncos robustos sentándose en sus ramas y bloqueando por completo cualquier intento de acercarse a ellos. Sólo sus verdaderos propietarios, las decenas de pájaros que los colonizaron y que en las mañanas pueden escucharse en todos los rincones del barrio adornando el aire con su canto, saben que si se mueren estos gigantes de 50 o 60 sesenta años, se habrá perdido para siempre un privilegio del que sólo disfrutamos algunos pocos favorecidos en esta colmena de concreto.

Los urapanes inspiran un sentimiento de pequeñez sobrecogedor, pues superan de lejos la altura de las casas de dos y tres pisos, pero dependen de los minúsculos habitantes del sector para seguir en pie. Alguna noche, una niña —de las que se suben en las ramas del árbol cuando lo van a cortar— soñó que su vecino, que quiere desaparecer los urapanes, podía ver cumplido su anhelo: el árbol finalmente se estaba viniendo al piso, su esposa ya no tendría que barrer más las hojas que suenan tan provocativamente cuando se pisan, sus hijos ya no tendrían la tentación de subirse en las ramas, su perro —un "finísimo" pastor bogotano— ya no sería cruelmente despertado por el canto de los pájaros y su radiante casa, construida gracias al talento que su maestro de obra tenía para levantar muros de la forma más arbitraria, ya no correría ningún riesgo, al menos eso pensaba él, porque todavía no le creía a los ingenieros forestales que ya le habían explicado varias veces que las raíces del urapán llegaban al patio de la casa y que de allí era imposible sacarlas. El árbol, que había sido mutilado rama por rama desde el amanecer, ahora lucía esquelético y sobrecogedoramente indefenso, era un enorme ejemplar de más de 20 metros y, sin embargo, no tenía cómo defenderse de los funcionarios trepadores que habían escalado su tronco para comenzar a rebanarlo desde la copa. Pero a eso de las 5:00 p.m. el árbol efectuó su venganza: lentamente y dejándose llevar por la corriente de aire que recorrió la calle, cayó con la fuerza de su enorme tronco sobre la terraza del imaginario *penthouse*. Afortunadamente, el vecino con alma de leñador es un sujeto con suerte, todo había sido simplemente un sueño de la niña.

A las 9:30 p.m., muy seguramente, pasa alguna ambulancia. A los extraños podría parecerles que el Modelo es el escenario de una catástrofe continua, porque aquí las ambulancias no dejan de pasar, esos vehículos sufren de insomnio por culpa de la ciudad en la que los

enfermos y los accidentes no duermen tampoco. Las ambulancias van y vienen desde la Clínica Misael Pastrana y desde el nuevo Hospital Infantil. Pasan a las dos de la mañana y también a las tres de la tarde, pasan todo el día y por todas las calles. Quienes las vemos pasar nunca sabremos qué historia cargan adentro, porque las ambulancias tienen la particularidad de ser unos vehículos herméticos que trabajan a favor del anonimato, uno puede esforzarse muchísimo, pero jamás logrará adivinar quién es el paciente, a menos que participe en su llegada al hospital, de lo contrario, puede resultar interesante —aunque algo morboso— construir una buena historia al respecto mientras se ve pasar la ambulancia frente a la casa.

♦ La danza de las escobas

A las 10:00 a.m., las señoras comienzan a arreglar las fachadas de sus casas. Limpian las ventanas y las rejas, lavan el piso del garaje, podan las matas y las riegan con agua y, sobre todo, barren. En el Modelo las escobas bailan ininterrumpidamente, las señoras barren el frente de su casa todos los días, sin falta, con paciencia pero con mucha energía, con una técnica que cada una conoce y que ha perfeccionado con el paso de los años, hay que hacerlo bien, pero debe ser una operación silenciosa y calmada, para que dé la posibilidad de conversar con las vecinas que, por supuesto, también barren, con la misma dedicación y meticulosidad, como tratando de desperdiciar el asfalto gris. Barrer es una práctica necesaria en este barrio, porque aunque parezca una pequeña aldea, está en medio de la ciudad, rodeada de avenidas con buses humeantes, por eso aquí el polvo cae como la llovizna y se dispersa por todas partes, metiéndose en cada resquicio de las enormes casas.

En sus primeras etapas, las casas del Modelo eran de una sola planta, contaban con dos o tres alcobas, cocina de leña y un gran patio trasero, además de un pequeño antejardín. Sobresale en su arquitectura el techo elevado, pues cuentan con un zarzo para la ventilación de la casa y para el cableado de luz y teléfono. Aún hoy, los tejados se caracterizan por la estética de la teja de barro que hace juego con el ladrillo envejecido de las fachadas y con las vigas de madera rústica. En etapas posteriores, se construyeron manzanas de casas con dos plantas y se remodelaron antiguas casas para hacerlas más funcionales. Aquí en el Modelo las casas son extrañas, mientras algunas conservan el estilo tradicional, que demuestra que sus dueños han calculado cada cambio para que no se altere demasiado el diseño original, otras parecen construidas con fichas de Lego, pisos superpuestos sin ninguna estética, que parecen a punto de caerse. De las casas de antaño, quedan pocas, la mayoría han cedido ante la necesidad de un segundo piso, de un garaje y de una fachada protegida contra la intemperie y los ladrones, otras simplemente se rinden ante los impulsos constructores de sus propietarios, incluso de los arrendatarios, que construyen y destruyen en función de lo práctico, no de lo estético, como si el urbanismo y la arquitectura fueran un asunto para *Dummies*.

Las 11:00 a.m., justo antes de que el alboroto del medio día comience, es la peor hora en el Modelo. Muy probablemente sólo le gusta a Luis, el mejor caminante del barrio. Luis siempre viste un pantalón clásico y un saco tejido, generalmente de rombos rojos y azules, es su estilo, elegante y poco llamativo. Él conoce cada una de las calles y de las carreras, sabe de memoria a quien encontrará en cada garaje y saluda a todos sin falta. Durante todo el día, va y viene de la Iglesia al parque, del supermercado Olímpica a los edificios, de la 50 a la clínica, en una eterna peregrinación que nadie sabe a dónde lo conduce; pero siempre, a las 11:00 a.m., pasa sin falta por el costado oriental de la carrera 44. Algunas veces se encuentra con sus amigos de infancia y les pregunta: “¿Oiga, le gustan mis zapatos?”, no importa lo que su interlocutor le responda, Luis le dirá: “*Son nuevos y me los regaló el presidente Churchill*”. Nadie sabe por qué él se refiere a Winston Churchill, el político y escritor británico, primer ministro de Gran Bretaña durante la II Guerra Mundial.

♦ Jornada de la tarde

Cuando llega el medio día, el barrio vuelve a levantarse del letargo. Los urapanes se sacuden con la brisa que refresca el sopor en que se encuentra el aire de los días exageradamente soleados y calurosos que últimamente caracterizan a Bogotá. Después de esa sacudida, en la que los urapanes le recuerdan al barrio que siguen ahí en pie, las señoras probablemente tendrán que volver a barrer los frentes de sus casas, ahora tapizados de hojas. Pero esa tarea debe dejarse para la tarde, porque, desde las 12:00 hasta las 2:00 p.m. el Modelo sólo piensa en el almuerzo. Los muchachos del Colegio Distrital, comienzan nuevamente el desfile de faldas azules a cuadros y balones que zigzaguean por entre las piernas de los pelados, por la mitad de la calle, armando trancón y generando ataques de gastritis en los conductores desesperados. Mientras salen del colegio los de la primera jornada entran los de la tarde. Algunos paran por un helado de palito o por un roscón, otros han decidido comprar más bien un vasito de mango biche o un *Bon Ice* —ese refresco congelado que viene en unos empaques largos—.

Casi ninguno recuerda que antes todos tomaban algo donde doña Avelina, porque era más barato y los atendían con cariño, ese era el epicentro del barrio a las doce y media. Ella siempre sabía lo que había en su tienda y sólo ella conocía el paradero de cada producto en el enjambre de artículos que se aglutinaban en las vitrinas de esa tienda de ocho metros cuadrados. Allí se podían comer los mejores dulces de coco del mundo, refrescos de veinte pesos, herpos gigantes y auténticas gelatinas de pata —unos dulces esponjosos que hacen al modo antiguo, con el caldo de la pata de res—. Si un habitante del Modelo necesitaba encontrar a algún familiar —generalmente de género masculino— un viernes en la tarde o el fin de semana, a la fija lo localizaba en las sillas de doña Avelina. Allí se decidieron importantes asuntos del barrio, se sellaron compromisos de amor y se planearon muchos torneos de fútbol. Los supermercados de cadena (Olímpica y Febor) nunca pudieron hacerle competencia, porque sólo allí se podía comprar una bolsa de leche, un

rollo de papel, veneno para cucarachas y betún negro sin tener que recorrer ningún pasillo para buscarlos, porque todo estaba “organizado” en no más de tres vitrinas y una nevera. El día que se iba a ir del barrio, los vecinos se amontonaron en el antejardín de la casa para despedirse de ella, pero además, para ver cómo trasteaba su tienda en un proceso lento y minucioso que parecía más la mudanza de una caravana de gitanos comerciantes.

Mientras tanto, a eso de la una de la 1:00 p.m., los comedores de las casas están listos para recibir a los comensales. Aquí en el Modelo mucha gente todavía almuerza sentada en la mesa de su casa, todos los días, con calma y con recetas tradicionales. Eso pasa porque el Modelo es un barrio de pensionados, los que fundaron el barrio y aquellos que llegaron siendo muy jóvenes, ahora disfrutan la posibilidad de permanecer en sus casas mientras ven pasar el día con calma. Algunos ya fueron a misa a las 7:00 a.m., otros prefieren asistir a la de 5:30 p.m.; si es martes, las señoras apenas tienen tiempo de recoger la loza y dormir una siesta antes de ir a la reunión de la Legión de María —un grupo de oración y estudio religioso que gira en torno al tema de la Virgen y que es muy común en casi todas las parroquias de barrio—, que comienza a las 3:00 p.m.; si es jueves, harán lo mismo antes de reunirse a las 4:00 en punto para la tarde de bingo y parqués en el salón parroquial. No todos los que almuerzan en sus casas son pensionados, también hay amas de casa, trabajadores sin horario de oficina, estudiantes de tiempo flexible y desocupados, muchos desocupados, de esos que nadie sabe muy bien a qué se dedican ni de qué viven, pero que son tan queridos por todos y no le hacen daño a nadie, por eso nadie los juzga.

Los que almorzaron en sus casas ahora duermen la siesta, una costumbre rural que aún se conserva en el Modelo, nadie tiene afán y todos —incluso lo que están de paso y los que trabajan a esa hora en el barrio— bajan la voz y tratan de no hacer ruido, como procurando no interrumpir el derecho a dormir de aquellos privilegiados que, en el centro geográfico de una ciudad en la cual 24 horas no alcanzan para nada, se dan el lujo de tomar media hora o 45 minutos para reposar el almuerzo y echarse un “motosito”. Así que el barrio regresa a su extraña normalidad después de las dos, cuando se levanten los que duermen la siesta y todos puedan volver a hablar normalmente y a hacer ruido si es necesario.

♦ Dulce fin de semana

Pero si es un domingo o un día festivo, la siesta debe ser más corta, porque hay que ir por un postre. El barrio es ahora conocido por la fama que han adquirido los postres que se venden sobre la carrera 48, eje vial que comunica con el Parque Simón Bolívar, la Biblioteca Virgilio Barco y el Museo de los Niños, y que por lo tanto es frecuentada por deportistas y turistas los fines de semana. Por eso no es raro ver los fines de semana decenas de carros haciendo fila para estacionarse un rato y permitir a las familias degustar la leche asada, el tiramisú, las repollitas, los postres de frutas, el merengón y el arroz de leche que los locales ofrecen, siempre con frescura y precios muy competitivos.

En los días hábiles, a las 3:00 p.m., el desfile de las rutas escolares comienza nuevamente y sólo se detendrá después de las seis. Es posible observar todo tipo de camionetas, busetas y buses, uniformes de todos los estilos y colores; niños y niñas de varias edades, mamás, abuelos y abuelas, empleadas y otros adultos responsables que recogen a los chicos mientras se imaginan qué tareas habrá que hacer esa tarde y cuántas notas traerá en la agenda cada uno. Las últimas rutas que pasan son las que salen del Colegio Distrital y del Liceo Hermano Miguel de La Salle con los estudiantes de la jornada de la tarde, a las 6:30 p.m..

En la mitad de la tarde, las papelerías atienden niños y jóvenes que compran materiales para las tareas, tratando siempre de dejar algo de vueltas para poder llevar algunos sobres de láminas del último álbum que estén haciendo y un helado de palito, de esos que hacen las señoras en su casa, con palitos cortos de madera y con sabores muy tradicionales. Los martes y los jueves, las señoras mayores van a la Legión de María o a la tarde de juego, según lo que corresponda; si no llueve mucho se quedan a la misa de las 5:30 p.m.. A esa hora Luis hace otro recorrido en su jornada de caminante, mientras “El Toro” —como le dicen los muchachos del barrio— sale todas las tardes de la fundación IDEAL (Fundación Instituto de Adaptación Laboral) a pasear por las calles del barrio; tan pronto visualiza algún peatón en la cuadra por la cual transita, se dirige directo a él con el cuerpo doblado y listo para embestirlo con su casco rojo. Pero justo cuando llega al frente del desprevenido transeúnte, se incorpora, lo mira a los ojos, suelta una gran sonrisa y pide permiso para continuar su recorrido.

Después de las cinco de la tarde, el barrio se concentra en las calles, a veces parece como si se tratara de una manifestación o del vía crucis del Viernes Santo, pero es algo cotidiano. Los pacientes y los familiares que vinieron a la Clínica Misael Pastrana y al Hospital Infantil salen de las consultas y del horario de visitas —y aunque nunca antes hayan caminado por el Modelo, casi instintivamente descienden de los andenes y transitan también por la mitad de la calle—; los empleados del hospital, de la clínica, de los cuatro colegios, de la decena de jardines infantiles, de las seis o siete fundaciones y del supermercado Olímpica salen hacia sus casas; mientras comienzan a llegar los trabajadores y los universitarios que viven en el Modelo.

Las siete de la noche es la hora de las compras en el barrio; se llenan las tiendas, las papelerías, las misceláneas, las panaderías y, sobre todo, el supermercado Olímpica, que a veces parece no dar abasto para atender a tantos. La verdad es que el edificio donde se ha instalado el supermercado nunca fue pensado para eso, porque desde la fundación del barrio allí funcionaba un teatro —el Copelia, donde los muchachos iban a ver cine en bancas de madera—, un billar y algunos locales comerciales, es decir, que era el centro de entretenimiento del barrio, no el lugar de abastecimiento. Pero en la década de los noventa llegó Febor —la antigua cooperativa de empleados del Banco de la República—, que durante más de una década dotó de bolsas estampadas de verde y productos de todo tipo a

los habitantes del Modelo, los mismos que vieron como, apenas llegado el nuevo milenio, el supermercado empezó a agonizar y nunca antes, ni siquiera después de que se incendió y todos los vecinos salieron a apagarlo a las 3:00 a.m., se vio tan triste y desolado como en sus últimos días. Una mañana Febor no abrió sus puertas, los empleados, de uniforme verde y naranja chillón, empacaron lo restante en cajas, limpiaron las góndolas, desocuparon las registradoras y se marcharon a media mañana. La incertidumbre se apoderó del barrio durante algunos meses, mientras los vecinos especulaban sobre qué cadena de supermercados tomaría el local; entre tanto, los tenderos y los pequeños supermercados del sector vivieron su bonanza. Pero unas semanas antes de Navidad, la zozobra de unos y la bonanza de otros terminó, la cadena de supermercados Olímpica llegó con camiones cargados de productos, armó las góndolas, uniformó a los nuevos empleados y reclutó a muchos de los antiguos —como José, el mejor empacador de mercados de la ciudad—, instaló una tarima con una orquesta y abrió sus puertas esa mañana de domingo, para no cerrarlas nunca más, por ahora.

♦ El barrio “modelo” de Brunner

Si es un viernes o un sábado, la algarabía del barrio aparecerá a eso de las 6:00 p.m. y durará hasta el amanecer. Los que simplemente se reúnen para tomarse unos tragos lo hacen en cualquier tienda, que hay montones, pero los que además quieren recordar viejos tiempos y discutir acerca de cómo arreglar el país, lo hacen en la tienda de doña Carlina. Es una costumbre que adquirieron hace décadas y que mantendrán viva mientras puedan, aunque ella ya no pueda acompañarlos en la mesa mientras se toma una cerveza con ellos, que van allá porque, según dicen esos expertos visitantes de aquella tienda, nadie preparaba un chicharrón ni unos tamales como doña Carlina, nadie conocía mejor el secreto de un huevo duro perfecto y nadie servía cervezas como ella. En su tienda se congregan los veteranos del barrio, por allí desfilan ediles, empleados públicos, vecinos notables y muy pocos “pelados”. Los sábados y domingos, desde la siete de la mañana, la olla tamalera de doña Carlina llena de olor a desayuno de fin de semana las calles del Modelo, pero nadie sabe quién la remplazó en la elaboración de los tamales.

Los muchachos y las familias “modernas” que viven en las nuevas torres de edificios, detrás de las casas del Modelo antiguo, tradicional y pueblerino, se congregan por las noches, desde las seis, en las tiendas de la carrera 45, en la calle 66 saliendo hacia la Avenida 50 ó en la Avenida Calle 68, a comer hamburguesas, perros calientes, pizza o comida valluna, dependiendo del antojo. Sólo dejaron de hacerlo aquella noche de octubre en la que Berenice no hizo hamburguesas, tampoco había gaseosa para acompañarlas, porque la tienda donde la dejaban ubicar su carrito de comidas rápidas estaba cerrada, en pleno viernes de quincena y a las siete de la noche. Los vecinos se habían arremolinado desde temprano frente a la tienda —allí también vivían sus propietarios— y a esa hora ya era cierto el rumor: al señor lo habían matado, a las tres de la tarde, en la sala de su casa, detrás de su tienda,

frente a su esposa, tres puñaladas y un tiro de gracia. Los motivos aún eran un misterio, pero los vecinos ya hablaban de lo complicado y multitudinario que sería su entierro, de la falta que haría la tienda en los días siguientes y de los líos de la sucesión entre sus hijos.

Pero esas cosas trágicas ocurren muy de vez en cuando, porque el Modelo es muy tranquilo. Éste es un barrio de calles bien trazadas y casas de antaño, el diseño urbanístico tiene un trazado de cuadrícula —con excepción de algunas manzanas dedicadas a la prestación de servicios—, los parques separan las diferentes etapas de la construcción, y las vías principales lo rodean sin atravesarlo. Todo esto constituye un conjunto coherente estéticamente y funcionalmente. Por eso que puede seguir cumpliendo con la tarea que decidió asumir para siempre y a cualquier hora del día, porque el barrio Modelo vive para los otros, para los foráneos, depende de ellos para seguir vivo. Es probable que el urbanista austriaco Karl Brunner, primer director del Departamento de Urbanismo de la municipalidad, encargado de diseñar el barrio en la década de los años treinta, no lo hubiera pensado como un barrio de servicios, sino más bien como un espacio autosuficiente y su nombre lo debe a que fue pensado como un modelo para la construcción de otros barrios en la capital, porque contenía todo lo necesario para satisfacer las necesidades de sus habitantes: Iglesia, teatro, tiendas, colegio, parques, paradero de buses, CAI, centro de salud, salón comunal, biblioteca y otros servicios ofrecidos por particulares.

Y día tras día, a las 5:00 a.m., volverán a ladrar los perros fantasmales que habitan el garaje de esa casa esquinera. Los sonidos de los carros seguirán recordándoles a los habitantes del Modelo que viven en medio de una gran ciudad. Pero ellos, como lo han hecho durante 60 años, se negarán a aceptarlo y se conformarán con nacer, estudiar, trabajar, jubilarse y morir, viendo pasar la vida bajo los urapanes, que son los testigos más fieles de la historia de este pequeño pueblo en medio de la ciudad.